

Vigésimo Sexto Domingo del Tiempo Ordinario A2020

Las lecturas de este domingo nos hablan de la responsabilidad humana y de la necesidad de cumplir lo que decimos. Nos recuerdan que no es al proyectar nuestras faltas sobre los otros que somos perdonados, sino al asumir la responsabilidad llena de nuestros actos y al renunciar a los pecados.

La primera lectura describe las críticas del pueblo de Israel sobre Dios al afirmar que los trataba injustamente. Nos da la respuesta de Dios quien responde que al abandonar el estilo de vida de la virtud y comprometer nuestra integridad espiritual no tenemos a nadie más para condenar que a nosotros mismos. Muestra también que quien renuncia a los caminos de pecado recibe el perdón de Dios.

Lo que este texto nos enseña es que la libertad humana implica que debemos asumir la plena responsabilidad de nuestros actos. Hay también la idea de que el mecanismo del chivo expiatorio y las excusas fáciles no contribuyen a nuestro crecimiento espiritual. La última idea está relacionada con la certeza de que la conversión del corazón es una condición importante para nuestras relaciones con Dios.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en qué Jesús habla a los sumos sacerdotes y a los ancianos sobre la parábola de los dos hijos. En primer lugar, Jesús cita el caso de los dos hijos a quien su padre pidió un servicio. Nos cuenta como los dos hijos reaccionaron a la petición de su padre. Muestra en particular que el primer hijo primero contestó "No" a la petición de su padre y, después, más tarde, hizo lo que le pidió. Describe también la actitud del segundo hijo, quien al principio dijo "sí" a la petición de su padre y, después, no fue a donde el padre le pidió.

Después de esto, el Evangelio da la advertencia de Jesús quien dice que si los sumos sacerdotes y los ancianos no dan congruencia a sus palabras con hechos, los publicanos y las prostitutas entrarán en el reino de los cielos antes que ellos. El Evangelio termina dando la razón por la cual las prostitutas y los publicanos entrarán en el reino de los cielos antes que ellos, "Ellos cambiaron sus vidas al escuchar a Juan, mientras que los sacerdotes no hicieron nada".

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar sobre la importancia de llevar una vida integra y de la necesidad de ser congruente con nuestras palabras y acciones ante Dios. En primer lugar, quiero decir lo que una parábola significa. De hecho, una parábola es un modo de hablar que usa imágenes y símbolos a fin de comunicar una verdad.

En este sentido, el segundo hijo representa a los Judíos que dijeron primeramente "sí" a Dios, pero dejaron de llevar una vida digna para él. El primer hijo representa a los pecadores que, aunque, primero dijeron "No" a Dios, pero, sin embargo, cambiaron su vida después de haber escuchado las enseñanzas de Juan y de Jesús.

En tal perspectiva, el mensaje que Jesús quiere comunicarnos es que el fracaso de no vivir según la palabra de Dios puede costarnos la salvación eterna, mientras que la conversión del corazón es una garantía para recibir la vida eterna.

Esta evocación de los judíos que dejaron de vivir según la Ley de Dios, y los pecadores, que cambiaron su vida, nos trae la pregunta sobre la importancia de llevar una vida integra y de la necesidad de ser coherentes con nuestras palabras y nuestros hechos. Por eso, quiero también decir algo sobre la integridad.

La integridad es una cualidad del ser que hace a alguien entero, honesto, indivisible en sus palabras y acciones de modo que hace lo que dice y dice sinceramente lo que piensa en el corazón. A fin de vivir con integridad en la vida, hay tres instancias de juicio que pueden ayudar a alguien a formar sus acciones. Ellas son, la sociedad, la conciencia y Dios.

Si el individuo toma en serio estas instancias, se sentirá obligado a explicar su responsabilidad ante ellos. Si no lo hace, un hueco aparecerá entre sus palabras y sus acciones. Por eso, la gente dice a menudo que hablar es fácil y que los hechos arrastran, o que lo que cuenta no son las palabras, si no los hechos.

La parábola de los dos hijos refleja la dicotomía entre palabras y hechos, aspecto externo y honestidad, espectáculo y sinceridad. El primer hijo se preocupa del aspecto externo de su vida; él quiere parecer un hijo bueno al decir a su padre que va trabajar para él; pero en verdad tiene excusas, porque su corazón no estaba allí. Tenía asuntos más importantes que ayudar a su padre en su necesidad. Después de haberle ofrecido una cara de buen hijo, al final, él no ayuda a su padre.

Por el contrario, el otro hijo, en un acto de rebelión, ha rechazado obedecer a su padre. Pero, él tiene un corazón bueno y siente el remordimiento por haber sido un muchacho malo. En un momento, lo piensa por segunda vez, cambia de opinión y va a ayudar a su padre. Su cambio posterior de idea lo hace honrar la petición de su padre.

Al dar esta parábola, Jesús quiere decirnos que la religión verdadera no es la del espectáculo y complacencia, pero la que trata de hacer la voluntad de Dios. Por eso, ninguna promesa por hermosa que sea, nunca podrá sustituir nuestros actos. Nuestras palabras amables nunca sustituirán nuestros hechos. El hijo que dijo que iría a ayudar a su padre era ciertamente cortés. Pero, una cortesía que no va más allá de las palabras es una clase de hipocresía. Jesús nos enseña que ser cristiano significa, en primer lugar, ser obediente a las palabras de Dios y actuar en ellas en consecuencia y no simplemente hacer promesas.

Por eso, el Evangelio termina con una advertencia de Jesús que dice que los publicanos y las prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que nosotros. Lo que Jesús quiere decir con esta advertencia es que debemos tener cuidado con la manera en que practicamos nuestra fe, no sea que por miedo a que después de haber corrido por mucho tiempo, no logremos el objetivo de nuestra vida, que es nuestra salvación eterna. Tenemos que salir de la complacencia y esforzarnos por practicar las palabras que escuchamos de Dios de manera que no haya ningún hueco entre nuestras palabras y nuestras acciones.

Hermanos y Hermanas, sabemos por experiencia que no siempre es fácil poner en práctica la palabra de Dios que escuchamos. Es fácil decir "sí" con los labios mientras que en el corazón decimos "no". Entonces, pidamos a Dios el valor de cambiar y arrepentirnos de nuestros pecados para que no haya brecha entre lo que decimos y hacemos. Que Dios los bendiga a todos!

Ezequiel 18: 25-28; Filipenses 2: 1-11; Mateo 21: 28-32



Fecha de la Homilía: el 27 de Septiembre, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200927homilia.pdf